

**Jean-Jacques Rousseau: la educación moral y religiosa en el *Proyecto* (1740) y la *Memoria* (¿1749?)****Jean-Jacques Rousseau's search for Moral and Religious Education in the *Project* (1740) and *Memoir* (1749?)**

María Concepción Cárceles Laborde

Departamento de Teoría y Métodos de Investigación Educativa y Psicológica, Universidad de Navarra, España
<https://orcid.org/0009-0003-7557-6186> carceles@unav.es

INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO

*Palabras clave*Rousseau, *Proyecto*, M. Mably, M. Sainte-Marie, *Memoria*, M. Dupin, educación moral, educación religiosa

RESUMEN

La cuestión de la formación religiosa en el pensamiento pedagógico de Rousseau ha sido ampliamente estudiada. Sin embargo, no se ha tenido en cuenta que el ginebrino comienza pronto a esbozar sus ideas educativas, ya que sus primeros escritos –datados erróneamente– apenas han sido analizados. Ahora contamos con una edición de dichos opúsculos, el *Proyecto para la educación de M. de Sainte-Marie* (1740) y la *Memoria presentada a M. Dupin sobre la educación de M. su hijo* (¿1749?), en la que, corregida su cronología, ambos escritos se han traducidos al español y se han cotejado entre sí, lo que ha permitido conocer la evolución del pensamiento de Rousseau en el espacio de tiempo que transcurre entre la redacción de cada uno de ellos, así como apreciar sus primeros tanteos en el ámbito pedagógico. Este artículo se va a centrar concretamente en el análisis de las ideas acerca de la formación moral y religiosa formuladas en estos proyectos, para conocer en sus comienzos las doctrinas que más tarde Rousseau expondrá en su libro *Emilio*, o de la educación.

ABSTRACT

*Keywords*Rousseau, *Project*, M. Mably, M. Sainte-Marie, *Memoir*, M. Dupin, moral education, religious education.

The question of religious formation in Rousseau's pedagogical thought has been widely studied. However, it has not been taken into account that the Genevan began to outline his educational ideas early on, since his earliest writings, erroneously dated, have barely been analyzed. We now have an edition of these pamphlets, the *Project for the Education of M. de Sainte-Marie* (1740) and the *Memoir presented to M. Dupin on the Education of M. his Son* (1749?). In this edition –with their chronology corrected– both writings have been translated into Spanish and compared. This has allowed us to understand the evolution of Rousseau's thought between the writing of each of them, as well as to appreciate his first attempts in the field of pedagogy. This article will focus specifically on the analysis of the ideas about moral and religious formation formulated in these projects, in order to understand, from their beginnings, the doctrines that Rousseau would later expound in his book *Emile*, or *On Education*.

Introducción

Rousseau es el autor del *Emilio*, o de la *Educación* (1762), la novela que inspiró la educación contemporánea, pero con anterioridad había escrito otros dos breves tratados sobre la misma cuestión que han pasado desapercibidos: un proyecto (1740) y una memoria (¿1749?)¹. El segundo, de fecha incierta, aunque datado por mano

¹ El primero de estos escritos menores es un proyecto que Rousseau escribió en 1740, siendo publicado por primera vez en 1782, para la educación de su discípulo, un niño de corta edad, hijo de M. Mably, gran preboste de Lyon.

desconocida en 1749, no fue publicado hasta 1844. Es una minuciosa revisión, casi una nueva versión, de ese opúsculo anterior; y se encontró entre los papeles de Mme. Dupin, de la que Rousseau fue secretario.

Ambos escritos cuentan con una edición en la que se ha llevado a cabo un estudio preliminar, la primera traducción al español con sus correspondientes anotaciones, así como un análisis comparado en el que se señalan los cambios introducidos por Rousseau en la *Memoria* –palabras sustituidas, párrafos suprimidos y añadidos– respecto al texto original, el *Proyecto*². Es importante señalar que estos cambios exhaustivos demuestran, a su vez, que, al contrario de lo que hasta ahora se ha mantenido por todos los especialistas, el *Proyecto* fue el primer escrito educativo de Rousseau y el que sirvió de base a la *Memoria* (Cárceles, 2017).

El primero, *Proyecto para la educación de M. de Sainte-Marie*, es un ejercicio intelectual en el que prueba su capacidad para orientar la educación y los estudios de un joven. Dedicárselo a su pupilo, M. de Sainte-Marie, un niño de apenas cinco años –no de nueve, como dice en Las confesiones– no es más que un recurso imaginativo, de los muchos que Rousseau suele utilizar. En el segundo boceto de sus ideas pedagógicas, la *Memoria presentada a M. Dupin sobre la educación de M. su hijo*, tampoco hay un verdadero destinatario. Tanto la fecha, según se ha dicho, como el nombre Du Pin que figura en el título fueron añadidos al manuscrito original, pero en el texto Rousseau se sigue dirigiendo a M. Mably.

Vuelve a ser el ensayo de un programa educativo, escrito esta vez con más soltura y también con más arrogancia. El ginebrino ha dejado de ser el ayo de unos pequeños, ha aprendido a desenvolverse en los ambientes intelectuales de Lyon, y ahora se mueve con destreza en los de París, donde pronto lo sorprenderá la fama. Son años intensos, de grandes experiencias y de profundos choques culturales que Rousseau utiliza para ir construyendo su filosofía y dar forma a su doctrina pedagógica que culminará en el Emilio.

Sin embargo, como bien dice Oelkers (2008), sus ideas acerca de la educación no se limitan a su gran tratado, sino que hay que deducirlo de toda su obra y, como advierte Kelly (2019), teniendo también en cuenta la estrecha relación que existe entre su vida, su personalidad y su pensamiento. Y esta perspectiva de la compleja pedagogía rousseauiana, a pesar de contar con excelentes estudios, algunos de reciente publicación, requiere incluir y explorar estos primeros escritos del maestro.

Como, desde hace tiempo, han advertido algunos de los especialistas en Rousseau, en concreto John S. Spink (1969), en sus notas introductorias a estos primeros escritos educativos, y más recientemente Tanguy L'Aminot (2012), en la presentación que les hace en la edición de las obras completas con motivo del tricentenario, efectivamente estas dos obras requerirían un estudio más a fondo y un aparato crítico de envergadura. De momento, y sobre la base de la edición en español ya citada, vamos a centrarnos en un tema que, aún sin entrar en profundos análisis, llama la atención en estos tempranos escritos, y es la actitud de Rousseau ante la educación moral y religiosa, que evoluciona en los años que transcurren entre ambos, y las propuestas que de ella derivan.

Proyecto para la educación de M. de Sainte-Marie

Cuando Rousseau se asienta en Lyon una nueva crisis se desata en su alma; aún no afecta a los débiles lazos que mantiene con el catolicismo, pero sí a sus grandes ideales. En Lyon ha dejado de ser el “Quijote helvético”, el ingenuo y virtuoso republicano con sueños de igualdad; ha renunciado a la vida bucólica de Les Charmettes y ha probado los seductores placeres de la sociedad francesa, tan distinta a la de la pobre Saboya. Se ha hecho sabio, dirá. Tal vez, pero a costa de renunciar a sí mismo.

Es cierto, como dice Masson (1916, I, 134), que, hasta su llegada a París, tras su fallida experiencia como educador en casa de M. Mably, su fe no parece haberse resentido, “sin embargo, continúa, tras esta creencia superficialmente intacta, ha habido, quizá de manera inconsciente, un trabajo de zapa en las profundidades. Las dos epístolas a Bordes y a Parisot muestran bien que, sobre esta inteligencia que madura y se renueva, el catolicismo ha perdido su dominio”.

Rousseau se encuentra, sin duda, en una época de búsqueda espiritual, como lo será probablemente toda su vida, y en Lyon este estado de confusión no mejora; aburrido por su humilde ocupación, bregar con dos críos, comienza su relación con quien, pasados los años, será una figura destacada de la filosofía francesa, el hermano de M. Mably y tío, por tanto, del pequeño M. de Sainte-Marie, Étienne de Condillac –al otro hermano, el también filósofo Gabriel Bonnot de Mably, lo conocerá a su regreso a Lyon, de paso hacia París, en 1741.

Condillac, que en estos momentos se prepara sin entusiasmo para su ordenación sacerdotal (1740), es un gran admirador de Locke, pese a ciertas discrepancias respecto a su teoría del conocimiento. Rousseau también

² Para destacar estas obras, en las que se basa el artículo, irán siempre en cursiva.

estaba al tanto de las ideas educativas del filósofo inglés por sus estudios en Les Charmettes. Es probable, por tanto, que ambos mantuvieran conversaciones sobre este tema y que de aquí surgiera el deseo de Rousseau de componer un proyecto que presentar a M. Mably –aunque, al parecer, nunca lo hizo– sobre la educación de su hijo. En este escrito además alude a la ayuda de Condillac, si bien siempre deja el nombre en blanco, al que acaba solicitando consejo para mejorar su trabajo.

En general, el *Proyecto* se puede calificar de chocante. El autor en todo momento se dirige al padre, M. Mably, al que exige respaldo a su autoridad, buenas condiciones económicas y colaboración; no es poco si se tiene en cuenta la inexperiencia del preceptor. Otra cuestión es este título que se arroga Rousseau cuando en realidad es solo el ayo o gobernante de estos niños. Si, por otra parte, se tiene en cuenta el plan de estudios que propone, parece claro que en efecto él está asumiendo imaginativamente ese papel magistral que querría haber desempeñado. Dejando a un lado estas incongruencias que en la mente de Rousseau no debían de serlo, hay que reconocer que el *Proyecto* está aún muy lejos del Emilio.

De momento, al margen de los consejos de educación doméstica y de sentido común que se permite dar a los padres de M. de Sainte-Marie –a veces con verdadera impertinencia– lo que prevalece en la primera parte de este opúsculo es su exigencia de ser amado, temido y estimado. Pero, para ello, rechaza la enseñanza de los deberes y el uso de los castigos. A cambio idea montajes, escenas que produzcan el efecto deseado para que el niño reflexione y, sin necesidad de preceptos, aprenda de sus actos, método que perfeccionará y llevará a un mayor grado de teatralidad en el Emilio, teatralidad de la educación roussoniana que, por otra parte, ha sido señalada por muchos analistas. La crítica más severa puede ser, sin embargo, la que Saint-Marc Girardin (1875, 74). hace al *Proyecto* –mal escrito, mediocre, pobre en ideas y de tono servil– y a los manejos que Rousseau aconseja para conseguir determinados comportamientos, convirtiendo así la educación en una comedia en la que se enseña al niño a ser actor antes que a ser hombre.

Respecto al plan de estudios, lo que propone, de acuerdo con las nuevas tendencias, es erradicar el pedantismo, es decir la acumulación de conocimientos, así como desterrar la influencia de la escolástica sobre el sistema pedagógico. Se trata de acabar con unos saberes supuestamente separados de la vida, sin efecto sobre la formación de la persona, incapaces de formar espíritus fuertes, profundos (el *esprit de justesse*, descrito por Pascal), que presentados en rígidas síntesis hay que aprender de memoria. Rousseau lo que desea es fomentar las buenas costumbres y despertar en su discípulo el gusto por el estudio, tan necesario ya que la rectitud de corazón, asegura, cuando se halla afirmada por el razonamiento es el origen de la exactitud de la mente; un hombre de bien piensa casi siempre con precisión.

Esta aspiración debía afectar a todas las materias, empezando por la supresión de los estudios clásicos y la de los principios doctrinales de la educación moral y religiosa. Rousseau, sin nombrar expresamente el programa humanístico de los jesuitas, que aún dominaba el panorama escolar, deja bien claro que no va a seguirlo. No enseñará, por tanto, a su imaginado discípulo ni la gramática latina (el rudimento o Donato), que sustituirá por el francés, ni la ortografía ni el catecismo. Eso sería propio de un preceptor ordinario y él no se va rebajar a esa categoría. Tampoco le llenará la cabeza de preceptos morales ni lo hará languidecer numerosos años con la historia antigua ni con los estudios escolásticos de retórica, lógica y filosofía, materias para las que recomienda los tratados de influencia jansenista de Port-Royal, modelo en estos momentos de la enseñanza más moderna y avanzada.

La cuestión ahora es cómo va a plantear la educación en su más pura esencia, cómo va a formular los principios de una formación íntegra. Aquí, Rousseau, que aún no sabe usar esos argumentos emotivos que tanto brillo dan a sus discursos, se arma un pequeño lío, muy significativo de su propia confusión. Respecto a la moral y la religión afirma lo que ya es un mantra. Nada de preceptos que fatiguen la memoria, nada de agobiar al alumno con estudios perjudiciales para la salud, lo que se debe hacer es prepararlo para que cuando llegue el momento se despierte su interés por lo que le conviene aprender. Para cultivar su gusto –los sentimientos del corazón, dirá más adelante– por estos asuntos, así como su capacidad de observación y de reflexión, se puede sacar una conversación oportuna, en medio de un agradable paseo, hacerle preguntas como si no se supieran las respuestas etc. Pero, ¿realmente está hablando de moral y religión según ha anunciado? No. Rousseau evita cuidadosamente entrar en ese terreno y se va por las ramas. Al joven hay que plantearle solo cuestiones “curiosas e interesantes sobre el comercio civil, las artes y los oficios, y sobre la manera tan variada en que la Providencia ha hecho a todos los hombres útiles los unos a los otros” (Cárceles, 2017, 101).

No hay por tanto en todo este *Proyecto* un atisbo de verdadera educación o instrucción religiosa, ni con los métodos tradicionales ni mediante nuevas propuestas, lo que no deja de ser extraño ya que este escrito educativo estaba destinado al hijo de una familia de la nobleza de toga, muy relacionada con los jesuitas de Collège de la Marche de Lyon. Rousseau se encontraba en un ámbito católico y en una época en la que como dice Beaudouin (1891) aún no se había inventado la educación sin Dios, por lo que este vacío puede deberse a la inseguridad de

su autor que no quiere entrar en cuestiones sensibles, para cuya enseñanza no se encuentra capacitado; pero también puede ser consecuencia de esos cambios que ha experimentado en su intento por integrarse en una cultura que cada vez lo aleja más de sus orígenes y de sus principios.

Memoria presentada a M. Dupin sobre la educación de M. su hijo

Este opúsculo educativo de Rousseau presenta muchos interrogantes. En primer lugar, no ha podido ser datado con exactitud; tampoco, con toda probabilidad, fue dedicado a la educación del hijo de M. Dupin, ya que al igual que la fecha (1749) el nombre (Du Pin) fue añadido al original por mano distinta a la del manuscrito. Respecto a estos datos hay, por tanto, diversas hipótesis, desde la que supone la *Memoria* anterior al *Proyecto*, hasta la que plantea, es nuestro caso, que Rousseau la elaboró a lo largo de los años a partir del proyecto de 1740, y la entregó, sin terminar, a Mme. Dupin, en 1759 (Cárceles, 2017).

Lo único cierto es que Rousseau aprovechó el *Proyecto* escrito en Lyon –un ensayo endeble en forma y contenido– como base de uno prácticamente nuevo, esta vez sí, una obra imprescindible en la producción roussoniana como preludio del *Emilio*. Es un trabajo además que nos muestra perfectamente –en lo que corrige, suprime o añade– lo que Rousseau desea borrar de su vida y cómo quiere presentarse ahora ante el mundo y ante sí mismo. Así, aunque no se trate más que de un boceto, unos apuntes a los que les ha dado mil vueltas, se puede advertir que estamos ante la obra de una persona madura y bastante segura de sí misma, a pesar de la imagen que quiere transmitir de hombre taciturno y tímido “incluso ante gente tan tonta como yo” (Cárceles, 2017, 138).

Rousseau estructura este opúsculo en tres apartados; en el primero, unos preliminares prácticamente copiados del *Proyecto*, vuelve a repetir sus vagas ideas acerca de la educación, elimina los pasajes que delataban una torpeza que a veces rozaba el ridículo y cambia numerosas palabras por otras más adecuadas. Todo ello manifiesta los adelantos que ha hecho en su proceso de autoformación, así como la confianza en su propia valía. El segundo tiene entidad propia y es un ensayo sobre las pasiones, uno de los temas más desarrollados por Rousseau en obras posteriores y principalmente en el *Emilio*. Finalmente propone un plan de estudios en el que demuestra cómo ha ampliado sus conocimientos, sobre todo en materias como el latín y las ciencias naturales.

En los preliminares de la *Memoria*, copia corregida a fondo del primer proyecto como se ha dicho, lo más significativo es un texto añadido en el que Rousseau se explaya en su crítica a la educación tradicional (Cárceles, 2017, 123-125). Rousseau, que sigue dirigiéndose a M. Mably, dice que no puede dejar de confesarle lo “insensata y ridícula” que le parece la enseñanza que se da a los niños. En primer lugar, porque es una pérdida de tiempo, es el caso del latín y de la historia antigua. Pero sobre todo porque va contra la razón que empieza a abrirse camino en sus mentes. Se refiere ahora a la religión, y en concreto a la enseñanza de los grandes misterios de la fe: “Se les habla de un Dios en tres personas que ninguna es la otra y cada una es, sin embargo, el mismo Dios; del misterio de la Eucaristía, donde un espacio de cinco pies³ está contenido en un espacio de dos pulgadas”; igualmente irracional le parece la doctrina sobre el dogma del pecado original “por el cual somos castigados muy justamente de faltas que no hemos cometido” o la creencia en la eficacia de los sacramentos “que operan virtudes en el alma por una aplicación puramente corporal”. Todas ellas, según Rousseau, materias que ni la mejor cabeza tiene fuerza para concebir.

Esta educación, plagada de “impertinencias”, asfixia la razón y deja a la persona en un puro aturdimiento hasta que se da cuenta, allá a los veinticinco años (¿está hablando de sí mismo, del tiempo perdido en su juventud?), de que tras largos y penosos estudios en los que ha amontonado una serie de conocimientos no sabe absolutamente nada. En cuanto a la educación moral y religiosa, en concreto, Rousseau ya ha dicho que solo sirve para someter al discípulo a la voluntad de sus maestros como “si de monjes imbéciles se tratara”, además de alejarlo de los verdaderos principios del cristianismo y de la humanidad (Cárceles, 2017, 123). Pero además “recordando los absurdos discursos que se han soportado y las lecciones ininteligibles que se le han dado, la miran (la religión) como un cuento de vieja, ponen a Jesucristo y a la Virgen al mismo nivel que Cenicienta y Pulgarcito, y acaban por no tener ni en la mente ni en el corazón principio alguno de razón y de conducta” (Cárceles, 2017, 124).

Todo este añadido al *Proyecto* son reflexiones, según dice, que lo han ocupado durante muchos años. Esto mismo demostraría que la *Memoria* no es fruto de una improvisación sino producto de especulaciones, que desarrollará ampliamente en otros escritos, entre las que cabe destacar la negación del pecado original –ese “bárbaro dogma”, como dirá el vicario saboyano a Emilio–, un principio decisivo en su filosofía educativa.

³ Según el canon de la época, una bella figura de hombre debía tener entre 5 y 6 pies.

Lo más interesante de la *Memoria* sin embargo es la parte intermedia, un ensayo sobre las pasiones y la manera de controlarlas para poder vivir serenamente en sociedad sin corromperse. Si este es el objetivo de la educación de un gentilhomme, que sea feliz en medio de esa sociedad que no tiene más remedio que habitar, la teoría de Rousseau es que no habrá que alejarlo de los placeres, pues cuando los descubra se lanzará a disfrutarlos como un salvaje; por el contrario, debe de aprender a gozar mesuradamente de ellos.

Rousseau se ha limitado, y además de manera indirecta, a la educación de un joven de una cierta categoría social, noble o de la alta burguesía, destinado a vivir en un mundo de pasiones descontroladas. Para que no caiga en la tentación de gozar de los placeres de manera desmedida, no aconseja aislarlo en un “colegio” –lo que hace recordar de nuevo a los jesuitas– lo que lo haría infeliz, por el contrario, propone llevar a cabo una asombrosa paradoja, entregarlo al mundo desde su infancia para que, cuando llegue a la edad impetuosa, los placeres apenas le impresionen y hagan menos mella en su ánimo. Se ha comentado al respecto de esta disertación sobre las pasiones que no pasa de ser más que un ejercicio en tono epicúreo sobre uno de los temas filosóficos de moda en los salones. Más bien parece, sin embargo, que Rousseau se halla a la búsqueda de un remedio contra la vanidad y la corrupción de una sociedad que, para algunos, como para él mismo en esa etapa de su vida, es inevitable. Y, se podría decir que lo encuentra en un método parecido al de las vacunas que pronto harán su aparición, inoculando el mal en mínimas proporciones para que el organismo se inmunice.

Hay además otra dimensión de este ensayo inserto en medio de la *Memoria* que también tiene un indudable valor ya que Rousseau abre su corazón y da rienda suelta a sus más íntimos sentimientos, a la vez que realiza un fiel retrato de sí mismo, tal como cree y teme que lo ven los demás. Es una continuación de la reflexión autobiográfica que será una constante en su vida y que ya había comenzado de manera poética en la Epístola a Bordes (1741) y, sobre todo, en la que dirige a Parisot (1742), “el buen Parisot”, cirujano perteneciente a la red de contactos de Rousseau en Lyon. Aunque nunca dejará su tono romántico, sentimental y quejumbroso, en su época lionesa aún muestra un indómito orgullo de ciudadano libre, sincero y virtuoso, en medio de una sociedad soberbia y arrogante, que ya ha perdido en la *Memoria*. En París, el joven y torpe ginebrino se ha integrado en la vida cultural de los salones literarios y ha tenido tiempo de observar ese ambiente que cuanto más rechaza, más le atrae. Esta es la experiencia que traslada a este tratado de educación, en el que, por encima de sus teorías pedagógicas, brilla el relato introspectivo de sus vivencias para subsistir en un mundo que siempre le resultará extraño. Son unas confidencias en las que en cada línea revela la tensión, el sufrimiento incluso, que ha experimentado por su origen y su ineptitud. Sabe que hay muchas personas que lo consideran un hombre huraño, incluso bárbaro que no sabe comportarse; pero esto se debe a que tiene tres defectos incorregibles, su invencible tendencia a la melancolía, una timidez insuperable y una profunda indiferencia por las opiniones ajenas. Es un retrato lamentable, con el que intenta justificarse y paliar esa humillación que ha debido de sentir, que es la que intenta evitar a su discípulo si por cualquier circunstancia se ha criado aislado del mundo.

Respecto a la educación, es interesante observar cómo Rousseau en este ensayo nuevamente evita hacer referencia a la importancia de fundamentarla en unos principios religiosos de cualquier confesión, según la práctica habitual –“nunca instrucción sin educación ni educación sin religión”, según el lema de los profesores franceses anteriores a la Revolución– e incluso omite recordar la ayuda que suponen las virtudes para fortalecer al joven contra las seducciones del mundo. De lo que no se reprime, sin embargo, en uno de sus muchos ejercicios de contradicción, es de lanzar una nueva andanada contra los predicadores. A ese joven que entra en sociedad jamás se le favorecerá ser caustico o crítico, como quienes desde los púlpitos inspiran tanto horror hacia el prójimo y “se toman el trabajo de pintarnos a los hombres como monstruos a sofocar, como víctimas del demonio, cuyo trato no está hecho más que para corromper el corazón y precipitar a los infiernos” (Cárceles, 2017, 136).

En el tercer apartado de la *Memoria*, Rousseau propone un plan de estudios, muy diferente y mucho más elaborado que el de su primer escrito, y que también deja ver claramente que ha ampliado en gran medida su cultura, ha perfilado sus criterios y se expresa con mayor aplomo, incluso con cierta insolencia. De las materias que había despreciado en el *Proyecto*, el latín, la historia y la doctrina cristiana, las dos primeras cambian por completo de registro. Ahora son objeto de una gran atención, sobre todo el latín. Rousseau habla con asombroso desparpajo de César, Salustio, Tácito o Tito Livio; alaba la sencillez de César, dice no soportar el refinamiento de Tácito etc. Tampoco desdeña la historia, de la que promete extraer toda su utilidad, y recomienda, ya como estudio avanzado, las obras de moral y derecho natural de Pufendorf, inspirador de su futuro pensamiento político, y de Grocio. Pero, nuevamente, ni palabra acerca de una instrucción moral y religiosa; esta materia ni bajo el método catequético ni bajo ningún otro –podría haber citado el catecismo histórico de Fleury, tan de moda en la época– forma parte de este plan de estudios.

Se podría concluir que Rousseau se ha dejado contaminar y que su esfuerzo por integrarse en los círculos culturales franceses ha borrado definitivamente todo rastro de piedad, calvinista, católica o jansenista, de su

alma. Puede ser. Pero también es verdad que, pese a sus devaneos e inseguridades, siempre tuvo, al menos en comparación con los nuevos filósofos, una cierta sensibilidad religiosa que lo llevó finalmente a enfrentarse a ellos. Como dirá el español Alcalá Galiano (1895, 138), en medio del ateísmo, tímido u osado, de los enciclopedistas, “se apareció (Juan Jacobo Rousseau) declamando contra la misma civilización, pero alzando la bandera del espiritualismo que en ninguna parte tremoló más hermosa que en la obra de Emilio”.

Entre los españoles de los siglos XVIII y XIX, hubo grandes detractores de Rousseau; pero muchos de los que pudieron leer sus obras y en concreto *Emilio*, reconocieron, como Alcalá Galiano, que, pese a sus errores, tenían “una belleza de orden superior” y pasajes de indudable acierto educativo.

Por eso las invectivas que lanza en la *Memoria* contra la educación cristiana y en concreto contra la doctrina católica no lo convencen del todo. Reconoce que sus ideas son innovadoras, pero advierte también de que forman parte de un ensayo pedagógico, fruto de una mente exaltada, y de que hay que tomarlas con precaución: “Una imaginación calenturienta a fuerza de dar vueltas a un objeto puede encontrar cosas nuevas y singulares, pero un joven⁴ sin experiencia ¿sería correcto que presumiera haber imaginado algo realmente mejor que lo que ha sido aprobado unánimemente por los hombres más sabios y experimentados en una práctica de más de dos mil años?” (Cárceles, 2017, 124). No, no parece sensato, por lo que añade, es un experimento que “no está permitido probar en un niño que no sea propio”.

Conclusiones

En resumen, estamos ante los primeros escritos sobre educación de Rousseau. Escritos que nunca se atrevió a publicar porque era consciente de que tenía que madurar sus ideas y de que algunas podrían ser mal recibidas.

Esa inseguridad, que sin duda le atenazaba, se transmite en las confidencias, comentarios y correcciones que realiza en estos textos –lo más interesante, con diferencia para conocer la evolución de su personalidad–, pero sobre todo en el silencio intencionado que mantiene sobre la formación cristiana, cuestión imprescindible en cualquier proyecto educativo de la época, roto por unas críticas a su irracionalidad, bastante simples, de poco estilo, y sin idea alguna que sirva de compensación, salvo propuestas aún sin elaborar sobre la necesaria preparación del corazón y la mente del niño. Poco más hay sobre las grandes cuestiones, las que dan su verdadero sentido a la educación; ni siquiera puede decirse que haya en estos ensayos un fondo de ese credo espiritualista o deísmo sentimental que inspirará el Emilio.

A pesar de ello, hay que considerar que, además de la desorientación personal que Rousseau sufre en este periodo de su vida, estos proyectos, si bien de manera inconcreta, sientan la importancia de una reforma radical del modelo de formación clásica vigente, el que rige “desde hace dos mil años” y sustituirlo por otro diferente por completo. Pero, para ver acabado este nuevo sistema, que ahora solo barrunta, habrá que esperar al Emilio (1762). Esta obra cumbre de su pedagogía fue, según dice, “fruto de veinte años de reflexión y tres de trabajo”, estos veintitrés años indican claramente que el *Proyecto* (1740) y la *Memoria* (¿1749?) no son para él dos escritos banales, sino los primeros, tal vez torpes, pasos hacia este gran tratado, así como la expresión de sus primeras intuiciones pedagógicas; entre ellas, la de la necesidad de erradicar toda educación positiva moral y religiosa.

Sin embargo, no hay duda de que para Rousseau la religión es, en su vida y en sus obras, una cuestión primordial, y a la vez conflictiva. No es de extrañar, por tanto, que, a lo largo de los años, haya una evolución en sus doctrinas educativas al respecto. Aquí se han estudiado sus comienzos en los que, joven e inexperto, solo posee intuiciones, sentido crítico y un vivo deseo de innovación, pero escasas ideas que aportar. Aún quedan años para que, en el Emilio, proponga, sobre todo a través del vicario saboyano, un modo de acercarse a la fe en Dios –creencia que en su caótica existencia nunca ha abandonado– por medio de la religión natural, a la que considera auténticamente cristiana, como afirma en la carta dirigida a un ciudadano de Neuchâtel, en 1763: “El verdadero cristianismo no es más que la religión natural mejor explicada (...) por lo que profesar la religión natural no supone en absoluto declararse contra el cristianismo”, (Rousseau, 1789, 70). Religión en la que, a su vez, fundamentará la religión civil, esa nueva deriva de su pensamiento que expone en El contrato social (1762).

Rousseau, uno de los intelectuales más sensibles del siglo XVIII, quiso, con esta búsqueda religiosa, o, al menos, espiritual, encontrar el antídoto a los males de una época convulsa, y salvar la fe sincera de sus padres y de su patria del orgullo filosófico del racionalismo ateo, así como de la supuesta jerga de los teólogos de las distintas confesiones, lo que le valió no pocas acusaciones y condenas. Por el contrario, su piedad sencilla y

⁴ Cuando ejerce de preceptor en casa de Mably, tiene veintiocho años; si la *Memoria* es posterior, Rousseau no debía de ser tan joven como dice en este rapto de humildad, sincera o aparente.

sentimental, como los cantos de Orfeo que Emilio creía escuchar en las vehementes palabras del vicario, caló hondo en muchos corazones. Pero no bastaba con “no ir contra el cristianismo” para combatir los intentos por destruirlo. Lo que hacía falta, y con urgencia a medida que avanzaba el siglo, era un pensamiento sólido, bien fundamentado, que también sostuviera las bases de la educación. Rousseau no lo tuvo y por ello, más allá de inspiradoras y a veces elevadas ideas o de valiosas sugerencias, no forjó un verdadero modelo de formación, y menos aún de formación cristiana.

Fuentes y Bibliografía

- Beaudouin, H. (1891). *La vie et les œuvres de Jean-Jacques Rousseau*. Vol. I, Lamulle & Poisson.
- Cárceles, C. (2017). *Proyecto para la educación de M. de Sainte-Marie. Memoria presentada a M. Dupin sobre la educación de M. su hijo*. Introducción, traducción y estudio comparado. Ediciones Universidad de Navarra (Eunsa).
- Girardin, S-M. (1875). *Jean-Jacques Rousseau: sa vie et ses ouvrages*. Charpentier.
- Kelly, Ch. (2019). *Rousseau's exemplary life*. Cornell University Press. <https://doi.org/10.7591/9781501745935>
- L'Aminot, T. (Ed.). (2012). *Jean-Jacques Rousseau: Œuvres complètes* (Vol. VII). Honoré Champion.
- Masson, P. M. (1916). *La Religion de J. J. Rousseau*, 3 vol., Hachette.
- Oelkers, J. (2008). *Jean-Jacques Rousseau*. Bloomsbury Academic.
- Rousseau, J-J. (1782). *Œuvres complètes de J. J. Rousseau*, citoyen de Genève.
- Rousseau, J-J. (1789). *Nouvelles Lettres de J. J. Rousseau*, C. F. Poinçot.
- Spink, J. S. (Ed.). (1969). *Jean-Jacques Rousseau: Œuvres complètes* (Tome IV). Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade).